

Independencia y desarrollo del protestantismo

Dr. Justo L. González



Independencia y desarrollo del protestantismo

Como es de todos sabido, la presencia del protestantismo en América Latina apenas se hizo sentir antes de la independencia. Ciertamente, desde mucho antes, ya en el 1529, hubo la colonia de los Welser en Venezuela; y luego, en el 1555, la fallida empresa de Nicholas Durand de Villegagnon en Brasil. A esto puede sumarse la presencia de náufragos y cautivos protestantes tales como Peter Carder en el Río de la Plata y Anthony Knivet en Brasil, así como las empresas de los holandeses en la región de Bahía entre el 1624 y el 1654, y del inglés William Peterson en Panamá, desde el 1698 hasta al 1699.

Fue a raíz de la independencia que el protestantismo comenzó a abrirse paso en América Latina, y lo hizo siguiendo dos caminos relativamente independientes, pero que se cruzaron repetidamente: la inmigración y la labor misionera.

La inmigración fue fomentada por gobiernos que concordaban con el famoso dicho de Juan Bautista Alberdi (1810-1884), que "gobernar es poblar". Eran tiempos en que la tierra parecía abundar, y en buena parte de la región la población había decaído como resultado de las

guerras de independencia y la fuga de peninsulares y otros elementos opuestos a la independencia. El progreso económico de las nuevas naciones parecía depender del crecimiento de su población, que a su vez aumentaría la producción en las zonas rurales, y la industrialización en las urbanas. Y dependía también del nivel educativo de esa población, pues se pensaba que el mejor modo de promover la estabilidad política y económica era tener una población educada y adiestrada tanto en la diversas disciplinas conducentes a la producción como en los ideales democráticos que para buena parte del pueblo latinoamericano eran todavía generalmente desconocidos. Esto llevó a algunos de los nuevos gobiernos a procurar la inmigración. Fue por ello que, aunque hoy nos sorprenda, hasta el 1910 la América Latina en general fue tierra de inmigración, y no de emigración, como frecuentemente acontece hoy.



Pero no se fomentaba toda clase de inmigración, sino solamente la que procedía de tierras donde se pensaba que la población tenía mejor entendimiento de los principios democráticos, de las artes técnicas y de la disciplina del trabajo. Era la época en que la Gran Bretaña y Francia competían para llenar el vacío político y económico dejado por España y Portugal. (Fue por ello que los franceses comenzaron a llamarnos "América Latina", así reclamando que ellos, por ser

también de lengua romance y origen "latino", se acoplaban mejor a nuestra cultura y necesidades que los británicos.) Pero muchos de los líderes liberales concordaban con la admiración de Bolívar hacia Inglaterra, y por esa razón fue de las Islas Británicas que procedió la mayoría de los primeros inmigrantes a las tierras recién independizadas. Entre esos inmigrantes había principalmente anglicanos ingleses; pero también presbiterianos procedentes de Escocia y metodistas de Gales. Por ello, desde fecha relativamente temprana hubo iglesias anglicanas en diversas regiones del continente: Argentina (1824), Venezuela (1834), Chile (1837), Uruguay (1840), Costa Rica (1848) y Perú (1849). Pero hubo también una fuerte inmigración alemana que trajo con ella la tradición luterana, comenzando en Brasil en 1824, pero luego estableciéndose también en otros países, como en Venezuela en el 1834 y por los mismos años en Argentina, donde la primera iglesia luterana se fundó en el 1845. En la segunda mitad del siglo llegaron los valdenses procedentes de los valles alpinos. El primer contingente llegó a Uruguay en el 1856, y otros le siguieron en los años subsiguientes, al tiempo que algunas colonias valdenses iban estableciéndose también en Argentina. A lo que son hoy Haití y Santo Domingo llegaron inmigrantes norteamericanos de raza negra, atraídos por la promesa de las repúblicas negras. Fue así que, en el 1861, llegó un grupo dirigido por James Theodore Holly que vino a ser la raíz de la Iglesia Episcopal en Haití. Por último, menonitas procedentes

principalmente de Canadá, y luego de otros países, se establecieron en México y en el Chaco.

Como vemos, el proceso de inmigración protestante que comenzó a raíz de la independencia continuó hasta las primeras décadas del siglo veinte. Pero a través de todos esos años las motivaciones de los gobiernos al invitar a los inmigrantes eran las mismas: poblar las tierras, y pobladas con personas que ayudaran a promover el desarrollo económico, social y político.

Además, en todo ese proceso resulta obvio que los gobiernos que así actuaban frecuentemente lo hacían llevados por prejuicios raciales y culturales, pues —aparte de Haití y Santo Domingo donde el gobierno era de raza negra— solamente se alentaba la inmigración de personas de raza blanca. En ese contexto, cabe mencionar la acogida que el gobierno brasileño les dio a los blancos esclavistas —principalmente presbiterianos— que llegaron al país tras la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos, con el propósito de continuar en Brasil su anterior estilo de vida.

Al tiempo que todo esto acontecía, llegaron también los primeros misioneros. De entre ellos el más conocido es James (Diego) Thomson, quien llegó a Buenos Aires en 1818 y en pocos años

había recorrido buena parte de América Latina, desde Argentina hasta Cuba (que era todavía colonia española) y México. La vida misma de Thomson ilustra la relación entre la independencia y el desarrollo del protestantismo. Thomson llegó a Buenos Aires en 1818, como representante del método lancasteriano de educación —aunque después fue representante de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera. Ocho años antes, Bolívar y Miranda habían visitado al cuáquero Joseph Lancaster, fundador del método lancasteriano quien en 1824, invitado por Bolívar, se estableció en Venezuela. En el entretanto, como representante de ese método, Thomson llegó a Argentina, y fue tan bien acogido por los liberales que entonces gobernaban el país, que al partir tras tres años de labor fue declarado ciudadano honorario. En Santiago, fue recibido con entusiasmo por O'Higgins, quien también le hizo ciudadano honorario cuando partió hacia Perú. En Perú, San Martín se mostró aun más entusiasta que O'Higgins. En la Gran Colombia contó también con el apoyo de los liberales (incluso de sacerdotes liberales), aunque los conservadores se le oponían tenazmente.

Esto último es señal de la relación que hubo entre los intereses de los liberales que gobernaron a raíz de la independencia y el primer desarrollo del protestantismo. Aunque no tenían

intención alguna de convertirse al protestantismo, líderes de la independencia tales como Rivadavia, O'Higgins y San Martín veían tanto en la inmigración como en las misiones protestantes una fuente de apoyo frente a los esfuerzos por parte de los conservadores por mantener el viejo orden. Y lo mismo puede verse más al norte y algo más tarde en Guatemala, cuyo presidente Justo Rufino Barrios, cuando visitaba la ciudad de Nueva York por otras razones, visitó también la Junta de Misiones de la Iglesia Presbiteriana invitándola a enviar misioneros a su país. Para construir su primera iglesia, Barrios les ofreció a los presbiterianos un predio al centro mismo de la ciudad, prácticamente adosado al Palacio Nacional.

En oposición a los liberales, buena parte de la antigua aristocracia terrateniente, así como de la jerarquía católica, buscaba el modo de continuar sus antiguos privilegios y hegemonía política.

La cuestión del patronato nacional sobre la Iglesia Católica, que varias naciones ahora reclamaban como herederas del antiguo patronato real, creó serias tensiones entre los nuevos gobiernos y la Santa Sede —que tardó largos años en reconocer la independencia hispanoamericana, y continuó apoyando los reclamos de la corona española. La oposición del clero católico a las nuevas ideas, y su insistencia en determinar lo que se publicaba y leía, era

visto por los liberales como oscurantismo. Frente a ello, el protestantismo parecía ser una fuerza, si no liberadora, al menos niveladora, dándoles a los gobiernos liberales otro punto de apoyo para sus políticas.

No hay que olvidar que la Iglesia Católica del siglo XIX se caracterizó por su oposición a la modernidad. Ese siglo abrió a la sombra de la Revolución Francesa, que resultó en graves daños al catolicismo en general y al papado en particular. A partir de entonces, Roma se opuso a todo lo que fuese moderno, e insistió cada vez más en su autoridad absoluta e inquebrantable. Esto culminó en el *Sílabo de errores* promulgado por Pío IX en 1864, y en la declaración de la infalibilidad papal, promulgada por el Primer Concilio del Vaticano seis años más tarde. En el *Sílabo* se condenaban varios de los principios fundamentales del liberalismo político —principios tales como la libertad de culto, la educación en manos del estado y hasta la democracia misma. En contraste, el protestantismo frecuentemente se arropaba en la modernidad, reclamando ser la religión moderna frente a un catolicismo anticuado, promotor de la educación y de la libertad de pensamiento frente a un catolicismo oscurantista y autoritario, y luz que llevaría a la raza humana hacia la modernidad frente a un catolicismo

retrógrado cerrado hacia el futuro.

Al liberalismo político iba unido el liberalismo económico, con su teoría de que el mejor modo de manejar la economía era dejarla gobernarse por sus propias leyes internas, particularmente la de la oferta y la demanda —la teoría económica generalmente conocida como laissez faire, dejad hacer. Los antiguos monopolios controlados por el gobierno, y los privilegios y ventajas económicas derivados de acciones gubernamentales, debían desaparecer, dejando el lugar a una economía basada, no ya en la posesión de la tierra, sino en la producción y el comercio. Esto le iba dando origen a una nueva clase alta capitalista —no ya la aristocracia de la tierra, sino ahora la aristocracia del comercio y del capital— así como a una creciente clase media de personas empleadas en el comercio, la administración, la enseñanza, y varias otras actividades promovidas por el nuevo orden.

Y al liberalismo político y económico iba unido también el protestantismo, tanto el de inmigración como el que iba resultando del trabajo misionero. Al tiempo que promovía el liberalismo político e intelectual, el protestantismo, frecuentemente sin percatarse de ello,

favorecía el liberalismo económico. Ejemplo de ello fueron escuelas protestantes tales como los prestigiosos "Colegios Americanos" de Colombia, donde se iba preparando la nueva clase media de inclinaciones liberales que sostendría el comercio y la industria. Durante aquellas primeras generaciones tras la independencia, el protestantismo se presentaba como heraldo del futuro, partícipe y promesa del nuevo orden que supuestamente se iba forjando. Tanto para los liberales como para los protestantes, el camino hacia el futuro estaba en el pensamiento racional —y muchos recordarnos cómo criticábamos a la Iglesia Romana, cuya misa en Latín era un misterio en el que nada se entendía, y la contrastábamos con nuestro culto, racional, en el que se entendía todo lo que se decía y hacía.

Hoy las cosas han cambiado radicalmente. La modernidad va mostrando sus grietas, y dejándole paso a esa nueva era histórica que muchos llaman posmodernidad. El liberalismo económico frecuentemente ha resultado, no en progreso y libertades para todos, sino en progreso para unos y estancamiento para otros; en libertades para algunos y opresión para muchos. El racionalismo del siglo XIX va perdiendo su poder —hoy sabemos que hay razones que la razón no entiende.

¿Qué decir entonces del lugar del protestantismo en la nueva realidad que se va abriendo? Me atrevo a sugerir que en este nuevo siglo hay dos elementos dentro de nuestro protestantismo que, aunque algunos ven como polos opuestos, en realidad se unen y conjugan para irle dando forma al nuevo protestantismo que va surgiendo. Por un lado, hay entre nuestro pueblo una fuerte y sólida crítica del orden económico y social que el liberalismo capitalista tradicional nos ha traído. Y por el otro, hay entre nuestro pueblo —particularmente entre nuestro pueblo pentecostal— un nuevo reconocimiento de la importancia que el misterio tiene en nuestra fe y nuestro culto, y por tanto también en nuestra realidad. El futuro del protestantismo bien puede depender entonces del modo en que estos dos importantes énfasis entre nuestro pueblo se entrelacen y se enriquezcan mutuamente.

AETH